
Las mujeres en la Biblia*

*Isabel Corpas de Posada ***

Este trabajo trata de buscar en las páginas de la Biblia las figuras femeninas que acogen, protagonizan y, algunas veces, simbolizan la salvación de Dios.

En realidad, el trabajo estaba ya hecho en la carta apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la dignidad de la mujer¹ y como no se trataba de repetir o comentar este valioso documento, me pregunté cuál podría ser mi aporte a una reflexión en torno a la mujer.

Entonces se me ocurrió que mi aporte personal tenía que ser identificar las mujeres de la Biblia con ojos de mujer y reflexionar sobre la situación de la mujer de entonces y de ahora desde mi perspectiva de mujer.

Comenzaré haciendo un par de consideraciones preliminares, luego haré una primera lectura de las figuras femeninas que me conduce a precisar el modelo

* Ponencia presentada en el Foro «La mujer y la sociedad» organizado por el Departamento de Pastoral Familiar de la Conferencia Episcopal Venezolana, Caracas, septiembre 16 de 1995.

** Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Javerina de Santafé de Bogotá. Profesora en la Facultad de Teología de la misma Pontificia Universidad Javeriana.

1. JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Mulieris Dignitatem*, Libreria Edictrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1988.

patriarcal del mundo en el cual nacieron los escritos bíblicos y desde el cual llaman la atención las afirmaciones de igualdad de hombres y mujeres en el proyecto de Dios. Termino con unas contraposiciones entre una realidad presente en la Biblia que, desde las circunstancias actuales, se interpreta como injusticia respecto a la mujer, y una propuesta, igualmente bíblica, que le hace justicia.

1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Antes de abordar el tema que me ha correspondido, permítanme hacer un par de aclaraciones. Una, relacionada con las características de la Biblia. Otra relacionada con las características del lector de un texto bíblico.

La Biblia, una confesión de fe

Comencemos por la primera. La Biblia, en cada una de sus páginas y toda ella, es una confesión de fe. Fe vivida en circunstancias históricas concretas y expresada en los moldes de pensamiento y el lenguaje correspondientes a esas circunstancias.

El Antiguo Testamento proclama la fe de Israel en el Dios de la Alianza y reglamenta en la Ley las consecuencias prácticas para el pueblo de la Alianza, desde la conciencia expresada, por ejemplo, en las palabras de Dios dirigidas a Moisés: *«si cumplen mi alianza, serán mi pueblo»* (Ex 19,5).

El Nuevo Testamento, por su parte, proclama la fe de la primera comunidad eclesial en Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios, y las consecuencias prácticas para el que acepta vivir al estilo de Jesús, tal como lo afirma el evangelio de Juan en su justificación final: *«para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida por medio de él»* (Jn 20,31).

Y es que la fe se expresa en un estilo de vida: para el israelita es el cumplimiento de la Ley que permite la convivencia del pueblo y para el discípulo de Jesús es la vida nueva del bautizado como experiencia del amor y la salvación de Dios vivida en la comunión fraterna.

El horizonte de percepción del lector de la Biblia

La otra consideración tiene que ver con la perspectiva desde donde se hace la lectura de un texto bíblico.

Fíjense que un mismo texto se presta a diferentes lecturas, cada una de ellas válida dentro del contexto desde el cual es leído. Porque las circunstancias desde las cuales se aborda el texto, condicionan las preguntas y las respuestas. Por eso cada época *percibe* unos aspectos y deja pasar otros muchos *desapercibidos*.

Pero la lectura e interpretación del texto bíblico está enmarcada no solamente por las circunstancias históricas sino por condiciones de tipo personal del lector. Tradicionalmente hemos estado acostumbrados o acostumbradas a una lectura de la Escritura con ojos masculinos, a los que posiblemente se han escapado detalles, actitudes, personajes, que las mujeres no pasamos por alto porque tienen que ver con nuestra realidad, con nuestra situación². Es decir, que lo que para unos pudo pasar *desapercibido*, nosotras podemos *percibirlo*.

Así, desde el contexto cultural de superioridad del varón e inferioridad de la mujer, se destacó la creación de la mujer a partir de la costilla para fundamentar su inferioridad y de los escritos de Pablo se destacaron aquellos textos que, descontextuados, parecían justificarla.

Estos son ejemplos bastante ilustrativos.

El primero: desde esta perspectiva y desde una visión de la mujer reducida a la función procreadora, San Agustín y Santo Tomás pudieron afirmar con la certeza correspondiente a su contexto histórico:

Quando se pregunte para qué clase de ayuda del varón es hecho aquel sexo, a mi parecer solamente a causa de la prole³.

2. Cfr. NAVIA VELASCO, CARMINA, *La mujer en la Biblia, Opresión y liberación*, Indo-American Press Service, Bogotá, 1991, p.37.

3. SAN AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram IX 5,9*.

La mujer era necesaria como pareja para la obra de la procreación pero no para cualquier otra actividad como algunos pretenden, ya que para todas las demás obras el hombre está mejor ayudado por otro hombre que por una mujer ⁴

El segundo: desde esta perspectiva, igualmente, el Papa Pío XI, en la primera mitad de este siglo, calificó la emancipación de la mujer como «corrupción del carácter propio de la mujer y de su dignidad de madre, trastorno de toda la sociedad familiar, libertad falsa e igualdad antinatural de la mujer con el hombre» ⁵.

Pero los tiempos son otros. El ingreso de las mujeres a la vida pública y la conciencia de su dignidad es, al decir del Papa Juan XXIII, «signo de los tiempos» y una de las tres características de nuestra época ⁶. Por eso el Papa Juan Pablo II pudo proclamar, desde la perspectiva correspondiente al contexto contemporáneo, la igual dignidad y responsabilidad del hombre y de la mujer ⁷, así como justificar «el acceso de la mujer a las funciones públicas» ⁸.

2. MUJERES PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Tal vez yo no lo había percibido. Tal vez porque hemos estado acostumbradas y acostumbrados a identificar únicamente a los varones como protagonistas de la historia. De la historia sagrada y de la historia profana.

Con ojos de mujer me puse a recorrer los libros de la Biblia en busca de las figuras femeninas. Sabía que estaban allí, en todas sus páginas, desde Eva hasta la mujer del Apocalipsis. Sabía, con certeza, que la mujer no estaba ausente de la historia de la salvación. Pero quería comprobarlo.

4 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th. I,II, q.92 a.2.*

5. Pío XI, *Encíclica Casti connubii*, n.49.

6. Cfr. JUAN XXIII, *Encíclica Pacem in terris*, n.39

7. Cfr. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Familiaris consortio*, n.22.

8. Cfr. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, n.22.

Mujeres de Israel

En las primeras páginas de la historia bíblica, al lado de los patriarcas, encontré a sus esposas: todas ellas, modelos de fe, dispuestas a colaborar en el plan de Dios. Encontré a María, la hermana de Moisés y de Aarón (Ex 15,20-21; Nu 12,1); a Débora, la juez de Israel (Jue 4,4-5; 5,1-31); y a Ana, la madre de Samuel (I Sa 1,1-2,11).

Las historias de Rut y de Judit, como la de Ester, estaban desde siempre, cada una en su libro correspondiente: historias de fidelidad al Dios de su pueblo.

También había mujeres cuyos nombres no guardó la crónica: la viuda de Sarepta a quien Elías resucitó su hijo (I Re 17,8-24) y la madre que alentaba valerosamente la fe de los hermanos Macabeos (II Mac 7,20-22).

Con seguridad había más, muchas más. Unas cuyos nombres pasé por alto y otras que la memoria de una cultura patriarcal no registró pero que fueron instrumentos de la salvación de Dios para su pueblo.

Mujeres del Evangelio

Al llegar a las páginas del Nuevo Testamento pude confirmar que, en la plenitud de los tiempos, el puesto central le ha pertenecido siempre a María, la madre de Jesús. Es decir, que, en palabras de Juan Pablo II, «la mujer se encuentra en el corazón mismo de este acontecimiento salvífico»⁹.

En las páginas de los evangelios encontré numerosas mujeres: la suegra de Pedro (Mt 18,14-15); la hija de Jairo (Mt 9,18-19.23-26); la mujer sirofenicia y su hija (Mc 7,24-30); la viuda de Nafn (Lc 7,11-17); la mujer encorvada (Lc 13,10-17) y la que sufría un flujo de sangre (Mt 9,20-22); la mujer pecadora (Lc 7,36-50) y la que había sido sorprendida en adulterio (Jn 8,3-11); la mujer de Samaría (Jn 4,1-42) y las dos hermanas de Betania (Lc 10,38-42); el grupo de las que seguían a Jesús, encabezadas por María Magdalena (Lc 8,1-3); la madre de Santiago y Juan, con sus preocupaciones por sus hijos (Mt 20,20-25). Mujeres curadas, mujeres perdonadas, mujeres que se hicieron discípulas: mujeres, todas ellas, salvadas por Jesús.

9 JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, n.3.

Encontré, también, que en las parábolas que contaba Jesús, las mujeres eran protagonistas: la que amasa el pan (Mt 13,33) y la que perdió una moneda (Lc 15,8-10), las que olvidaron poner aceite en sus lámparas y las que no lo olvidaron (Mt 25,1-13).

Y encontré que, contrariando la usanza judía, fueron mujeres las primeras testigos de la resurrección cuando un grupo de ellas, según un papel femenino habitual en el judaísmo, prepararon mezclas aromáticas y fueron al sepulcro a embalsamar el cadáver del Maestro. El evangelio de Mateo señala a María Magdalena y la otra María (Mt 28,1); para Marcos, fueron María Magdalena, María la de Santiago y Salomé (Mc 16,1); para Lucas eran María Magdaleua, Juana, María la de Santiago y otras (Lc 24,10); para Juan fue únicamente María Magdalena (Jn 20,1).

Mujeres en la Iglesia Apostólica

Igualmente encontré en el primer capítulo de la historia del cristianismo la presencia de muchas, muchísimas, mujeres: convertidas, misioneras, animadoras, diaconisas. El libro de los Hechos de los Apóstoles y las cartas paulinas mencionan su presencia en la comunidad y elogian su colaboración en la actividad misionera.

Las mujeres, encabezadas por María, formaban parte del primer grupo que se reunía para orar y que recibió el Espíritu en Pentecostés (Hech 1,14; 2,1-2). A un grupo de mujeres de Filipos, Pablo y Timoteo les hablaron del evangelio (Hech 16,13) y una de ellas, Lida, se convirtió con su familia. En Damasco, «tanto hombres como mujeres» eran seguidores del Camino a quienes Saulo de Tarso perseguía (Hech 9,2) y en Samaria, «tanto hombres como mujeres se bautizaron cuando creyeron en la buena noticia que Felipe les anunciaba acerca del reino de Dios y de Jesucristo» (Hech 8,12). En Tesalónica, «creyeron muchos griegos y muchas mujeres distinguidas» (Hech 17,4), lo mismo que en Berea (Cf. Hech 17,12).

Con nombre propio aparecen Tabita, en Joppe, «rica en buenas obras y limosnas» (Hech 9,36-42); Lidia, la comerciante en púrpura y primera convertida de Filipos (Hech 16,14); María, la madre de Marcos, en cuya casa se congregaba la comunidad (Hech 12,12); Damaris, la ateniense (Hech 17,34); Febe, *diakonos* en la Iglesia de Cencras, el puerto de Corinto (Ro 16,1-2); Priscila, la mujer de Aquila, que reunían la *ekklesia* en su casa (Ro 16,3-5) y que instruyó, con Aquila, a Apolo en el camino de Dios (Hech 18,26); María, Trifena, Trifosa y Perside (Ro 16,6-12);

la madre de Rufo, Julia y la hermana de Nereo (Ro 16,13.15); Ninfas, que reunía en su casa la congregación (Col 4,15), Claudia (2Tim 4,21), Evodia y Sintique (Fil 4, 2.15: todas ellas debieron trabajar en igualdad de condiciones con los varones en la difusión del evangelio y en la organización de la Iglesia.

3. EL CONTEXTO PATRIARCAL DEL ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO

En la Biblia, que refleja las circunstancias históricas en las que el pueblo de Israel y la primitiva Iglesia vivieron la experiencia de Dios, encontramos textos y situaciones en los que la mujer aparece minusvalorada, marginada, oprimida. Estos condicionamientos, propios de una sociedad patriarcal, conviene tenerlos en cuenta para poder distinguir entre aquello que corresponde al contexto histórico y, como tal, no se puede absolutizar como dato de la revelación.

En el mundo del Antiguo Testamento la mujer no era considerada miembro del pueblo de la alianza pues no llevaba en su carne el signo de pertenencia (Cfr. Gen 17,11). Por esta razón y por su impureza contagiosa durante la menstruación y después del parto, no podía participar en el culto y le estaba prohibido leer en la sinagoga ¹⁰. Además estaba excluida de la vida pública, no se le aceptaba su testimonio y el único papel que se le reconocía era el de esposa y madre, pero en el matrimonio era considerada como propiedad del marido ¹¹, motivo por el cual éste la podía repudiar (Cfr. Dt 24,1) y el adulterio era delito contra la propiedad (Cfr. Ex 20,17).

Razón tenían los judíos cuando recitaban la triple plegaria:

«Bendito sea Dios que no me ha hecho nacer gentil,
que no me ha hecho nacer esclavo,
que no me ha hecho nacer mujer» ¹².

10. ALEXANDRE, M., «Imágenes de mujeres en los inicios de la cristiandad» en DUBY, G.- PERROT, M., *Historia de las mujeres en occidente*, T.I., Taurus, Madrid, 1991, pp. 471-473.

11. DE VAUX, R., *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona, 1964, p.58.

12. *Berakot*, 7,18.

El Nuevo Testamento, por su parte, asume las realidades concretas de su momento histórico tales como la esclavitud, la subordinación de la mujer en el seno familiar y su discriminación en el entorno social. Es así como la mentalidad patriarcal condiciona el pensamiento de Pablo respecto a la mujer que aparece en sus escritos, pues del judaísmo provenía el dominio del hombre sobre la mujer y su minusvaloración, como lo expresa el historiador judío contemporáneo de los primeros cristianos, Flavio Josefo:

La mujer, dice la Ley, es inferior al hombre en todo. Por tanto, debe obedecer, no para ser violentada, sino para ser mandada, pues es al hombre a quien Dios ha dado el poder ¹³.

4. LA MUJER EN EL PROYECTO DE DIOS

En tres momentos de la reflexión bíblica quiero detenerme para *percibir*, con ustedes, cómo la Escritura cuestiona la inferioridad, el sometimiento, la discriminación de la mujer, propias de la cultura patriarcal, a pesar de que en dicha cultura se escribieron los libros sagrados. El primer momento corresponde a los relatos de creación. El segundo es la actitud de Jesús con las mujeres. El tercero es la convicción de la primera comunidad eclesial acerca de la relatividad de las diferencias culturales frente a Dios como único absoluto.

La mujer en los textos de creación

En los primeros capítulos del Génesis, las condiciones actuales permiten *percibir* la creación del varón y la mujer en igualdad y reciprocidad, lo cual pudo haber pasado para las generaciones anteriores.

No sobra recordar, aquí, que la creación de la pareja representa el momento culminante de cada uno de los relatos de creación del libro del Génesis; que ambas narraciones, complementarias, muestran el ideal señalado por el creador a la pareja humana «en el principio», entendido éste no en sentido cronológico sino como ideal hacia el cual es posible tender; y que ambos relatos son expresión de la fe de Israel que protologiza, en el principio de los tiempos, la salvación de Dios que ha experimentado en los acontecimientos de su historia.

13. FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión II,202*.

El escenario del segundo relato (Gen 2,4b-3,24), conocido como el yahvista, es un desierto que el creador convierte en un jardín donde coloca al primer ser humano modelado con el polvo de la tierra. Este primer ser humano está solo y el creador reflexiona: «No es bueno que el hombre esté solo. Le voy a hacer alguien que sea una ayuda adecuada para él» (Gen 2,18). Entonces le presenta los animales modelados de la misma tierra pero en ellos no encuentra compañía. Es, entonces, cuando aparece misteriosamente en escena la mujer como la única capaz de romper la soledad del hombre: Yahvé Dios la forma de una costilla del hombre, se la presenta y éste la acoge como su compañera: «Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos» (Gen 2,23).

En el relato conocido como el sacerdotal (Gen 1,1-2,4), lo primero que hace Dios es separar, luego adornar, luego poblar. Separa la luz de las tinieblas, las aguas superiores de las inferiores, las aguas y la tierra seca; adorna la tierra con plantas y árboles frutales, el firmamento con el sol, la luna y las estrellas; puebla el mundo con los animales grandes y pequeños. Entonces decide crear al hombre ¹⁴, decide crearlo a su imagen y semejanza y constata el texto sagrado: «Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Gen 1,27), expresión con la cual el relato afirma la igualdad fundamental del varón y la mujer, su idéntica dignidad.

Desde el contexto actual, los relatos de creación muestran, al decir de Juan Pablo II, «la verdad fundamental sobre el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios como hombre y mujer» ¹⁵. Y el Papa precisa:

El texto bíblico proporciona bases suficientes para reconocer la igualdad esencial entre el hombre y la mujer desde el punto de vista de su humanidad. Ambos desde el comienzo son personas, a diferencia de los demás seres vivientes del mundo que los circunda. La mujer es otro »yo« en la humanidad común ¹⁶.

14. «El Creador parece detenerse antes de llamarlo a la existencia, como si volviese a entrar en sí mismo para tomar una decisión». JUAN PABLO II, *Audiencia del miércoles 12 de septiembre de 1979*, A.R., septiembre 16/79.

15. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, n.6.

16. JUAN PABLO II, *Ibidem*.

Ahora bien, los relatos de creación describen el ideal original pero la realidad que vive Israel es otra. El capítulo 3 del mismo libro dramatiza el origen de esta situación de injusticia en la ruptura de la comunión con Dios de la primera pareja que trae como consecuencia la ruptura de la solidaridad: «la mujer que me diste por compañera» (Gen 3,12), acusa el primer hombre a la primera mujer que no es ayuda sino seductora (Gen 3,6). Así, la igualdad original (Gen 2,18-25) se torna por el pecado en dominación de la mujer por parte del varón (Gen 3,16b) y la atracción de los sexos (Gen 2,23) se convierte en concupiscencia: «*tendrás ansia de tu marido*» (Gen 3,16b).

Jesús y las mujeres

Al leer el evangelio desde las circunstancias del momento presente es posible *percibir* que para Jesús no son obstáculo las costumbres judías. Su actitud, su forma de tratar a las mujeres y de referirse a ellas contrasta con los prejuicios del mundo judío al cual pertenecía y lo cuestiona.

Aunque era impensable que un judío le dirigiera la palabra en público a una mujer o que un maestro las aceptara entre sus discípulos, Jesús admite mujeres entre sus seguidores (Lc 8,1-2); les habla largamente a Marta y a María en Betania (Lc 10,38-42); sostiene una larga conversación con una samaritana junto al pozo de Jacob ante la extrañeza de los discípulos (Jn 4,1-42); se dirige a un grupo de mujeres en el camino del Calvario (Lc 23,28) y, lo más asombroso, son mujeres las primeras testigos de la Resurrección (Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; Jn 20,1-10).

En cuanto a las normas de pureza (Lev 15,19-27), según las cuales el contacto con una mujer hacía impuro al hombre, sobre todo durante la menstruación o si tenía algún sangrado, Jesús hace caso omiso de ellas. Se deja tocar por la mujer que tenía una hemorragia (Mc 5,25-34) y por la mujer pecadora (Lc 7,36-50) y a las dos las despide con el mismo «*por tu fe has sido salvada*».

Cuestiona la discriminación a la mujer en su actitud con la mujer adúltera (Jn 8,3-11), cuando condena el derecho del varón a repudiar a la mujer (Lc 16,18 y par.) y su cosificación (Mt 5,28).

Con sus actitudes, que resultan extraordinarias «si se considera el ambiente de su

tiempo»¹⁷, al decir de Juan Pablo II, Jesús «contradice aquella tradición que comportaba la discriminación de la mujer»¹⁸ y «reprocha cuanto ofende la dignidad de la mujer»¹⁹

La fundamental igualdad delante de Dios

Posiblemente las generaciones anteriores pudieron preferir los escritos de Pablo que hacen referencia a la subordinación de la mujer. Pero los cambios sociales y las circunstancias actuales permiten *percibir* que en el cristianismo primitivo, las diferencias de raza, de estatus social o de género, pierden importancia y resultan relativizadas para quien se ha revestido de Cristo. Por eso Pablo, a pesar de los condicionamientos de la sociedad patriarcal a la cual pertenecía, puede afirmar:

Por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo. Ya no importa ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo» (Gal 3,26-28).

Y que esta afirmación se traduce en la práctica en la gran estima que tuvo Pablo para sus compañeras en la difusión del evangelio, como Febe, «*que ha ayudado a muchos*» (Ro 16,2); como María, «*que tanto ha trabajado*» (Ro 16,6); como Trifena, Trifosa y Pérside, «*que trabajan en la obra del Señor*» (Ro 16,12); como Evodia y Sintique, «*que lucharon a su lado en el anuncio del evangelio*» (Fil 4,2); como la madre de Rufo, «*que fuera una madre para él*» (Ro 16,13); como Priscila y como Ninfas que reunían a la iglesia en sus casas (Ro 16,5; Col 4,15).

5. CAMINOS DE LIBERACIÓN PARA LA MUJER

Aunque en la Biblia están presentes costumbres patriarcales porque ésas eran las circunstancias históricas en que vivió el pueblo de Israel y la primera comunidad cristiana, al repasar las páginas de la Escritura con ojos de mujer es posible *percibir*, en ellas, caminos de liberación para las mujeres que han descubierto una nueva manera de hacerse presentes en el ámbito familiar y social.

17. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, n.12.

18. JUAN PABLO II, *Ibidem*.

19. JUAN PABLO II, *Ibidem*, n.15.

Porque a pesar de que la cultura les imponía guardar silencio, las mujeres de la Biblia proclaman la fe. Porque a pesar de que las costumbres establecen su inferioridad y sometimiento con respecto al varón, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento proclaman la igualdad fundamental de la pareja. Porque a pesar de que eran consideradas pertenencia del marido conforme a los patrones culturales, no faltan textos en la Biblia que manifiestan la reciprocidad del varón y la mujer. Porque a pesar de que la práctica religiosa judía las discriminaba y las excluía, las mujeres del Nuevo Testamento participaron activamente en la vida de la Iglesia.

Y es que la injusticias que se comete contra la mujer, como contra cualquier ser humano, son contrarias al plan de Dios. Son consecuencia del pecado, del desorden introducido por varones y mujeres en la creación. En cambio, el proyecto de Dios para la humanidad es la liberación del pecado, de la injusticia y de las injusticias, una de las cuales es la minusvaloración y discriminación de la mujer a nivel conyugal y social.

Pero vayamos por partes, recogiendo en estas líneas de síntesis los datos *percibidos* en la anterior reflexión.

Del silencio a la proclamación de la fe

La palabra y el saber eran, y en cierta manera todavía siguen siendo, masculinos. Pertenecían al mundo exterior del cual estaba ausente la mujer. El silencio, en cambio, era femenino.

Así, por ejemplo, en el mundo del Antiguo Testamento, la mujer no recitaba diariamente el credo israelita como sí lo hacía el judío, no leía en la sinagoga, no estudiaba la Torah.

Por eso llaman la atención las mujeres que toman la palabra en el Antiguo Testamento para proclamar las maravillas de Dios: el canto de María, la hermana de Moisés, con el que anima a las demás mujeres a seguirla bailando y tocando pandeetas cuando los israelitas salieron de Egipto (Ex 15,20); y el canto de Débora que es una relectura de la historia de la salvación (Jue 5,2-31); el canto de Ana que es un himno de alegría y acción de gracias al Señor Dios por su ayuda (I Sa 2,1-11); la oración y el canto de alabanza de Judit (Jdt 9,1-14; 16,1-17); la oración de Ester (Est 4,17). Llamen la atención, porque la Biblia pone en labios de mujeres la proclamación de la fe en la salvación de Dios que también ellas experimentan.

Tampoco estaba autorizada para llevar la palabra en el mundo del Nuevo Testamento. Sin embargo, la primera comunidad debió romper con esta costumbre.

Prueba de ello son María de Nazaret, la mujer samaritana, María Magdalena y las otras discípulas cuyos testimonios recoge el evangelio probablemente en consonancia con la práctica de las reuniones de la comunidad a las cuales Pablo hace referencia:

Si un hombre se cubre la cabeza cuando ora o cuando comunica mensajes proféticos, deshonra su cabeza. En cambio, si una mujer no se cubre la cabeza cuando ora o cuando comunica mensajes proféticos, deshonra su cabeza (I Cor 11,4-5).

El que tanto el hombre como la mujer oren y profeticen resultaba impensable en el mundo judío, no obstante lo cual el Nuevo Testamento admite que las mujeres puedan hablar, que su condición de mujer no limita este derecho, quizás por cuanto este hecho podría considerarse como uno de los signos del cumplimiento de la promesa: «*los hijos e hijas de ustedes comunicarán mensajes proféticos*» (Jo 2,28).

Pero recordemos los testimonios de las mujeres del evangelio: el canto de fe y de alabanza de María, proclamando las maravillas de Dios (Lc 1,46-55); el acto de fe de la samaritana por el cual «*muchos de los habitantes de aquel pueblo de Samaría creyeron en Jesús*» (Jn 4,39); el anuncio de las mujeres que después de la resurrección «*corrieron a llevar la noticia a los discípulos*» (Mt 28,8; cf. Lc 24, 8-11) y fueron las primeras en encontrarse con Jesús Resucitado (Cf. Mt 28,9); el testimonio de María Magdalena que recibió de Jesús el encargo de anunciar la resurrección (Cf. Jn 20,17-18) y que «*avisó a los que habían andado con Jesús que lo había visto y estaba vivo*» (Mc 16,10).

Ahora bien los escritos paulinos, recogen la orden de callarse para las mujeres, la cual se considera, en I Corintios, una interpolación tardía, contemporánea de la carta a Timoteo, es decir que corresponde a un época de transición de la comunidad carismática al estilo de la de Corinto a una más institucional como es la de las cartas pastorales:

Las mujeres deben guardar silencio en las reuniones de la iglesia porque no les está permitido hablar. Deben estar sometidas a sus esposos, como manda la ley. Si quieren saber algo, pregúntenlo a sus esposos en su casa, porque no está bien que una mujer hable en las reuniones de la iglesia» (I Cor 14,34).

La mujer debe escuchar la instrucción en silencio, con toda sumisión; y no permito que la mujer enseñe en público ni domine al hombre. Quiero que permanezca callada, porque Dios hizo primero a Adán y después a Eva y Adán no fue el engañado sino la mujer; y al ser engañada cayó en pecado. Pero la mujer se salvará si cumple sus deberes como madre y si con buen juicio se mantiene en la fe, el amor y la santidad» (I Tim 2,11-15).

Del sometimiento a la igualdad

Una vez más conviene recordar el contexto patriarcal de los escritos del Antiguo Testamento para *percibir* qué tan llamativa resulta la proclamación de la fundamental igualdad de la pareja en los relatos de creación (Gen 1,1-2,24).

En cuanto al Nuevo Testamento, la organización familiar y social que se trasluce en sus páginas corresponde al mundo judío y grecorromano de la época. Es así como las tablillas domésticas, pertenecientes al judaísmo helénístico y al mundo grecorromano y que regulaban las relaciones de la vida familiar, pasan a las páginas de la Escritura. La sumisión de la mujer es un dato cultural y Pablo, que es un hombre de su tiempo, considera que por este motivo «el esposo es cabeza de su esposa» (I Cor 11,3; Ef 5,23). Ahora bien, lo novedoso que el Nuevo Testamento propone en las tablillas domésticas es la forma de vivir la relación: salvíficamente, «en el Señor»:

Las esposas deben estar sujetas a sus esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de la esposa, como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo; y él es también su salvadora. Pero así como la iglesia está sujeta a Cristo, también las esposas deben estar en todo sujetas a sus esposos» (Ef 5,22-24).

Esposas, sométanse a sus esposos, pues este es su deber como creyentes en el Señor»(Col 3,18).

Esta forma de vivir la vida cristiana en el ámbito familiar constituye testimonio para los no creyentes y es éste el enfoque de la I Pedro en la tablilla doméstica que contiene esta carta:

Ustedes, las esposas, sométanse a sus esposos, para que, si algunos de ellos no creen en el mensaje puedan ser convencidos, sin necesidad de palabras, por el comportamiento de ustedes, al ver ellos su conducta pura y reverente para con Dios 1 Pe 3,1-2

Por esta misma razón Pablo aconseja a las ancianas que deben enseñar a las jóvenes a ser «*sujetas de sus esposos*» (Tit 2,5), pues la sumisión era una virtud que las creyentes debían vivir conforme a las costumbres de la época..

Esta sujeción la identifica el apóstol en el uso del velo, muestra de pudor pero también, en la mujer casada, signo de pertenencia y sumisión al marido. La cabeza descubierta se consideraba una indecencia. Ahora bien para las mujeres griegas era ésta una costumbre extraña que posiblemente se negaban a aceptar. Pablo intenta convencerlas con argumentos tomados del sentido común: no usar velo equivale a tener a cabeza rapada (1 Cor 11,5-6.14-15), lo que constituye una afrenta a su feminidad; y con un tipo de argumentación rabínica que consiste en recurrir al lugar de la mujer en el orden de la creación:

Pues aunque es verdad que la mujer fue formada del hombre, también es cierto que el hombre nace de la mujer y todo tiene su origen en Dios» (1 Cor 11,112).

Porque Dios hizo primero a Adán y después a Eva; y Adán no fue el engañado sino la mujer; y al ser engañada, cayó en pecado (1 Tim 2,14).

Pero el texto que vale la pena destacar es la proclamación de la igualdad delante de Dios que el mismo Pablo hace: «*Ya no importa ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo*» (Gal 3,26-28).

De la pertenencia a la reciprocidad

Recordemos, una vez más, el estatus de la mujer en mundo judío. Es la mujer seductora, que carga con la culpa del pecado de la pareja original (Gen 3,1-6) y con el castigo: «*tu deseo te llevará a tu marido y él tendrá autoridad sobre ti*» (Gen 3,16). Es, así mismo, pertenencia del marido, junto con el esclavo y la esclava, el buey y el asno (Cf. Ex 20,17)

Ahora bien, la primera pareja afirma su existencia recíproca en las palabras del primer hombre al acoger gozoso a la primera mujer:

Lo mismo puede decirse de la pareja del Cantar ²⁰, que cuestiona las costumbres y se contrapone a las expresiones del relato de caída: :

20. Cfr. DUBARLE, A.M., *Amor y fecundidad en la Biblia*, Paulinas, Madrid, 1970, pp. 83-84.

«Yo soy de mi amado: los impulsos de su amor lo atraen a mí» (Ct 7,11).

«Mi amado es para mí y yo soy suya» (Ct 2,16).

La reciprocidad tampoco corresponde a la sociedad contemporánea de Pablo, en la que no se pensaba en igualdad de derechos. Sin embargo constata la reciprocidad entre el hombre y la mujer cuando hace notar cómo la diferencia resulta borrada al interpretar la relación «en el Señor» o al reconocer que uno y otra provienen de Dios:

Ni la esposa es dueña de su propio cuerpo, puesto que pertenece a su esposo, ni el esposo es dueño de su propio cuerpo puesto que pertenece a su esposa (1 Cor 7,4).

En la vida cristiana, ni el hombre existe sin la mujer, ni la mujer sin el hombre. Pues aunque es verdad que la mujer fue formada del hombre, también es cierto que el hombre nace de la mujer y todo tiene su origen en Dios (1 Cor 11,11-12).

Si se tiene en cuenta cuál era la condición de la mujer tanto en el mundo grecorromano como en el mundo judío, podemos subrayar que «el solo hecho de admitir una reciprocidad de deberes entre el hombre y la mujer (1 Cor 7,3-5), es decir una igualdad entre ellos y lo que es más, la posibilidad de acuerdo en lo referente a su vida conyugal, constituye un acontecimiento. Acontecimiento que alcanza su máxima expresión en Ga 3,28, con lo cual Pablo supera la estrechez de la Ley para afirmar sin reparos que el Dios de la esperanza no hace acepción de personas, que su misericordia abarca todas las criaturas»²¹.

De la discriminación a la participación

Porque no llevaba en su carne, como el varón, el signo de pertenencia al pueblo de la alianza, y por su impureza contagiosa la mujer judía estaba excluida del culto y de las reuniones de la sinagoga, sólo podía ingresar hasta determinado lugar en el Templo y no estaba obligada a ir en peregrinación a Jerusalén con motivo de la Pascua

Por eso son tan llamativas las figuras femeninas que participan en la historia de la

21. STEIN, D. «Le statut des femmes dans les lettres de Paul», en *Lumière et Vie* 139 (78), p.71.

salvación, como María, la hermana de Moisés y de Aarón, a quien la Biblia reconoce un papel protagónico (Ex 15,20; Nu 12,1-16; 26,59; Dt 24,9; I Cro 6,3); como Débora, una madre de Israel, que conduce los ejércitos y vence al enemigo (Jue 5,7); como Judit sirve como instrumento de Dios para salvar a su pueblo del enemigo porque confía en Dios; como Ester, que obtiene para su pueblo la liberación también por intervención de Dios. Y como María, que aceptó participar en la encarnación; como el grupo de las mujeres discípulas que seguían a Jesús; como María Magdalena, la primera apóstol; como Priscila que instruyó a Apolo; como la diaconisa Febe (Ro 16,2), María (Ro 16,6), Trifena, Trifosa y Pérside (Ro 16,12), Ninfas (Col 4,15), Evodia y Sintique (Fil 4,2); como las «ancianas» (Tit 2,3-5) que tenían una responsabilidad en la comunidad y las mujeres mencionadas junto con los diáconos (I Tim 3,11): todas ellas, de muchas maneras, participaron en el anuncio del evangelio. Lo cual indica que la primera comunidad cristiana era un espacio abierto para las mujeres.

6. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Las figuras femeninas jalonan las páginas de la Biblia, su papel protagónico es un reto a las costumbres, lo mismo que el reconocimiento de la igualdad de hombres y mujeres que contrasta con la injusta minusvaloración de la mujer.

La historia del cristianismo ha estado enmarcada en una cultura patriarcal que ha condicionado doctrinas y prácticas.

Por eso todavía no se han hecho realidad las palabras de Joel que el apóstol Pedro cita en su discurso del día de Pentecostés para referirse al cumplimiento de la promesa en la plenitud de los tiempos:

Sucedará que en los últimos días, dice Dios,
derramaré mi Espíritu sobre toda la humanidad;
los hijos e hijas de ustedes
comunicarán mensajes proféticos,
los jóvenes tendrán visiones
y los viejos tendrán sueños.
También sobre mis siervos y siervas
derramaré mi Espíritu en aquellos días
y comunicarán mensajes proféticos (Hech 2,17-18).

Ese día ciertamente no ha llegado porque las circunstancias históricas no lo han permitido. Pero llegará. Y el ideal original proclamado en los textos de creación tendrá cumplimiento: entonces la violencia y la injusticia que se han cometido y se cometen contra la mujer podrán borrarse por la acción del Espíritu de Jesús que, como en Pentecostés, da vida a la Iglesia y la pone en camino para anunciar la buena noticia del amor y la salvación de Dios para hombres y mujeres.